

---

SAN JUAN CLIMACO, ABAD DEL MONTE SINAI Y  
PADRE DE LA IGLESIA GRIEGA <sup>1</sup>

San Juan es llamado el Escolástico, á causa de la elevación de su espíritu y de la profundidad de su ciencia, y por la inapreciable obra que ha dado á la Iglesia con el título de *Escala Santa*, y que contiene los diferentes grados de virtud necesarios para llegar á la perfección, se conoce más ordinariamente con el nombre de Climaco. Se presume que era natural de Palestina; pero se ignoran el lugar y el año de su nacimiento. Es de creer que fuese el año 525, bajo el imperio de Justiniano I. Lo que consta con entera certeza, tanto por los estudios que cultivó, como por haberse consagrado desde su juventud á la vida solitaria, es que recibió una educación tan esmerada como cristiana, la cual supone un origen distinguido, buenas disposiciones naturales y padres piadosos.

No tenia más que dieciseis años, cuando, á pesar de sus talentos y de las esperanzas con que le brindaba el mundo, huyó de todo cuanto pudiera envanecerle, y vino á ocultarse en la soledad del desierto. Para ello escogió el monte Sinai, ya por ser el más adecuado que encontró al salir de Palestina, ó ya lo hiciese atraído por la reputación de que gozaban los religiosos que en él habitaban.

« Hablando el historiador Procopio de estos religiosos, con motivo de una iglesia erigida por el emperador Justiniano bajo la advocación de la santísima Virgen, hace su elogio

<sup>1</sup> Procopio, la Escala Santa, Bulteau.





SANTA IGLESIA DEL MONTE SINAI  
Y DE LA ISLA DE GRECIA

Fundado al principio de la era de la ley  
 y de la profanidad por su obispo  
 que ha dado a la Iglesia un  
 que tiene los fundamentos  
 para llevar a la perfección  
 con el nombre de Climaco.  
 Palestina: pero se ignora  
 Es de decir que hacia el  
 año 323, el emperador Justiniano  
 que se dedicó a la vida solitaria  
 como una hermita, y se retiró a la vida solitaria  
 que se pone un origen distinguido, fueron  
 y padres piadosos.  
 a los seis años, cuando a pesar de ser  
 con que le brindaba el mundo  
 y vino a morir.  
 Para ello se cogió el nombre  
 que encontró al salir de  
 por la reputación de que  
 se le dio el nombre de Climaco.  
 En estos retiros  
 de la vida solitaria y de la perfección  
 que se le dio el nombre de Climaco.

Tome 5



Gravit. Threax.

Imp. de Charbonneau, Paris.

St. Jean Climaque.  
San Juan Climaco.



en estos términos: » En la comarca, que en otro tiempo se llamaba Arabia, y que hoy se conoce con el nombre de la tercera Palestina, hay un extenso desierto que carece de aguas y de vegetación, y formando parte de él, existe una montaña de muy difícil acceso, llamada Sinai, muy próxima al Mar Rojo. Hállase habitada por solitarios, cuya vida laboriosa y penitente es una continua meditación de la muerte. En ella gozan con entera libertad de un absoluto retiro, que es lo que más aman en el mundo. No teniendo nada que darles el emperador Justiniano, porque nada deseaban, y ántes por el contrario, despreciaban los bienes de la tierra, ni se cuidaban de otra cosa que de no poseer nada, de mortificar su cuerpo, y de no aficionarse á los bienes perecederos del mundo, edificó un templo que consagró á la santísima Virgen, á fin de que pudiesen tener en él sus oraciones, ofrecer sus sacrificios y vivir en aquel lugar que se halla al pié de la montaña, no habiendo querido edificarle en la cumbre de la misma á causa de las tempestades que en ella descargan.

Tal era la austera virtud de estos santos solitarios, que, léjos de espantar al jóven Juán, le sirvió para alentarle á hacer más completo su sacrificio. Se puso bajo la dirección de un santo anciano llamado Martirio, que se propuso informarlo en todas las virtudes monásticas, en que él mismo se distinguía, y para las cuales encontró en su discípulo las más excelentes disposiciones de inteligencia y de corazón, así como una docilidad á toda prueba. Puede decirse que jamás novicio alguno abrazó con tanto ardor y piedad las prácticas de la vida religiosa, ni las ejerció con tanta perfección. « Se servía, dice Daniel de Baitha, historiador de su vida, del objeto visible de la montaña santa, (así se llamaba el monte Sinai, en donde dió el Señor su ley), para elevar su espíritu á Dios, que es invisible. Huyendo del mundo, como medio de vencer las pasiones del mundo,



evitó el peligro de contaminarse con sus miserias : adquirió una humildad llena de modestia : cerró para siempre la puerta al demonio de la vana gloria y de la vana complacencia en sus propias luces : se sometió por amor de Dios y sin reserva á la disciplina de un director, con lo cual quedó garantizado de los peligros á que hubiera podido exponerse siguiendo su propio juicio. »

Pero ¿cual era la obediencia que prestaba á su director? ¿cuales los progresos que hizo en la renuncia de sí mismo? « Llegó á estar, dice el mismo historiador, tan enteramente muerto al mundo y á sus propias inclinaciones, que hubiera podido decirse con toda propiedad que su alma estaba destituida de razón y de voluntad, mucho más cuanto que, antes de abrazar esta celestial sencillez, se hallaba muy versado en las letras humanas y en la filosofía. El falso resplandor de la sabiduría humana dista infinitamente de la verdadera sabiduría de Jesucristo. »

Cuatro años estuvo instruyéndose y probándose ántes de hacer la profesión religiosa ; así es que tenia veinte años cuando se consagró enteramente á ella. Un piadosísimo abad, llamado Estrategio, que asistia á la ceremonia, fué interiormente ilustrado por el espíritu de Dios, y predijo que el nuevo profeso seria un día una de las más grandes lumbreras del mundo. Juan continuó bajo la disciplina de su director, que con gran satisfacción le veia adelantar extraordinariamente en las virtudes y en la ciencia de los Santos, y quiso llevarle á uno de los más ilustres solitarios de este desierto, llamado Anastasio, que, segun opinión, aunque infundada, de algunos autores, fué más tarde patriarca de Antioquía : pues este Anastasio es distinto del Sinaita, que es posterior á nuestro Santo, y del cual nos ocuparemos más tarde. Viendo, pues Anastasio á san Juan Climaco, preguntó á Martirio quién le habia cortado el cabello, es decir, quién le habia admitido á la profesión reli-

giosa. A lo que contestándole Martirio que él mismo, replicó Anastasio con admiración : ¿Quién creerá, Padre mio, que habeis consagrado al Señor al futuro abad del monte Sinai?

Despues de estas dos predicciones consecutivas, quiso Martirio probar si Dios se dignaria hacer otra tercera por boca de otro célebre solitario, llamado Juan, y por sobrenombre el Sabaita, porque habia sido discípulo de san Sábás, para lo cual le llevó al desierto de Guddeen, donde éste moraba. Tan luego como llegó Martirio con su discípulo, se apresuró este ilustre solitario á lavar los pies del discípulo y á besar su mano ántes que al maestro. Estéban, discípulo de Juan el Sabaita, extrañando esta preferencia, le preguntó la causa, y su maestro le respondió, que no sabia quién era este jóven religioso ; pero que reconocia en él al futuro abad del Sinai.

Es de creer que en el intervalo de estas predicciones le ocurrió lo que él mismo refiere en su *Escala Santa*. « Siendo yo jóven, dice, tuve que ir á una aldea, y apenas me habia sentado á la mesa, me sentí atacado de tentaciones de destemplanza y de vanidad. Pero temiendo los perniciosos efectos de la gula, preferí dejarme vencer de la vanidad, comiendo muy poco : pues sé que es muy ordinario que en los jóvenes pueda más el demonio de la destemplanza que el de la vana gloria. » No es extraño, añade : porque así como entre las gentes del mundo la avaricia es la raiz de todos los males, así entré los religiosos y solitarios la destemplanza es el principio de toda relajación. » — Cuando, pues, dice que prefirió dejarse vencer por la vana gloria en esta ocasión, no debemos creer que, comiendo poco, consintió en ninguna tentación de vanidad ; sino que quiere decir sólamete que prefirió comer con sobriedad, aún cuando pudo exponerse á algún pensamiento de vana gloria . pues entónces habia ya adquirido ese espíritu



de discreción, que sabe discernir los lazos del demonio y encontrar medios de evitarlos.

Hacia diecinueve años que se ejercitaba con una sencillez admirable en la práctica fiel de la obediencia, cuando Dios llamó á su seno á su padre espiritual, el venerable Martirio. Entónces se propuso abrazar la vida de los anacoretas. Habia trabajado con tan buen éxito en combatir sus pasiones, en desprenderse de todo afecto á las cosas de la tierra y en adquirir el espíritu de oración, que se hallaba en las más excelentes condiciones para abrazar este estado no ménos laborioso que santo. Estas son las condiciones que él mismo exige en su *Escala Santa* en los que quieren vivir solos en el desierto, y conocia tan perfectamente su necesidad, que no se hubiera atrevido á abrazar este género de vida, si hubiese carecido de ellas. Pero como siempre desconfiaba de sus propias luces, aún cuando las tenia muy claras y abundantes para poder dirigir á los demás, quiso tomar previamente consejo de un santo anciano llamado Jorje Arseloite, el cual aprobó su designio, y del cual continuó siempre tomando sabios consejos.

Bajó, pues, de la montaña, y se retiró á una soledad que habia en la llanura, llamada Thola. De ella habla en la sexta grada de su *Escala Santa*, y dice que, entre los anacoretas que la habitaban, habia uno que estaba casi siempre trasportado fuera de sí, y que con frecuencia caia desmayado pensando en la muerte.

Su celda distaba cinco millas, es decir, unas dos leguas de la iglesia, que se cree ser la que mandó edificar el emperador Justiniano al pié de la montaña. A ella se dirigia los sábados y domingos, como los demás solitarios, tanto para asistir á los divinos oficios, como para participar de los santos Misterios.

En este nuevo retiro se propuso Juán una vida entera-

mente celestial, cual si hasta entónces nada bueno hubiese hecho; pero no por eso dejó de sostener grandes combates de parte de los demonios, y de sufrir violentas tentaciones. Así es que, hablando por propia experiencia á los solitarios de Raitha, les dice: « No hagais caso de esos ruidos vanos y fantásticos, de que se sirven los demonios para espantaros: pues el verdadero dolor de la penitencia no teme estos fantasmas, ni siente terror. »

En el mismo lugar habla de otra tentación que tuvo que sostener, y que le dió ocasión para demostrar como la vana gloria se desliza muchas veces insensiblemente en nuestros corazones. « Estaba yo un dia, dice, sentado en mi celda, y sentia tan grande decaimiento en mi corazón, que hasta me asaltaron pensamientos de dejar aquel lugar. Llegaron á la sazón algunas personas extrañas, y empezaron á ensalzar de tal manera la dicha que yo gozaba viviendo en aquella soledad, que mis movimientos de fastidio y desanimación se trocaron en los de vana gloria. Entónces pude observar que el demonio de la vanidad procura siempre estar á mayor altura que los demás demonios. — En la tercera grada de la *Escala Santa* hace la enumeración de las diferentes tentaciones, de que se sirven los enemigos de las almas para arrastrar á los anacoretas á la relajación, deduciéndose de sus expresiones que tuvo que sostener muchas de ellas, pero sin que se turbara su espíritu. Oponia la abstinencia y la huida de las ocasiones á los deseos de la sensualidad: el retiro y el silencio á la vana gloria: la meditación de la muerte al fastidio y á la pereza, y la privación de las cosas más necesarias y la caridad con que miraba á los pobres, dándoles parte de lo que ganaba con su trabajo manual, á la delicadeza y al apego de las cosas terrenas.

Por otra parte, en todas las cosas usaba de discreción, evitando los excesos que suelen ser lazos para el alma.



Hace notar su historiador que comía indistintamente de todo lo que permitía su profesión, pero sólo en la cantidad estrictamente necesaria para sostener las fuerzas del cuerpo : de esta manera vencía la gula comiendo poco, y la vanidad comiendo de todo sin afectación. Otro tanto hacía con el sueño, usando de discreción para no dejarse abatir por excesivas vigiliass ; pero nunca se entregaba á éste sino despues de una larga oración.

Parece retratarse á sí mismo, si bién rebajándose en muchos pasajes de su libro, cuando atribuye á los anacoretas tres virtudes especiales, á saber : el desprendimiento de todos los negocios humanos, la continua oración y la vigilancia que hace al corazón inaccesible á los demonios. Esta absoluta privación de todo lo que apetecía y amaba, alejaba de su espíritu todo cuidado y toda ocupación que no fuese agradar á Dios. Su vigilancia sobre los más pequeños movimientos de su corazón no dejaba abierta ninguna rendija, por donde pudiesen penetrar los espíritus de las tinieblas : y su inteligencia y su corazón, desprendidos de este modo de todo recuerdo y de todo afecto á las cosas de la tierra, se hallan en la más absoluta libertad para elevarse á Dios por medio de una oración continua. Explica además en que grado de reposo de la vida solitaria se halla esta oración. « El que corre sabiamente, dice, por este santo camino tiene á Dios por objeto y regla de todos sus ejercicios, en todas sus palabras, en todos sus pensamientos y en todas sus obras : todo lo hace en la presencia de Dios y con fervor interior.

Con esta continua presencia de Dios hacía meritorias todas sus acciones y hasta los más insignificantes pensamientos ; pero particularmente en el tiempo que destinaba á la oración, su espíritu se arrobaba en éxtasis admirables en que, tomando su alma elevado vuelo por una operación sobrenatural de la gracia, se encontraba trasportada á la

mansión de los ángeles, y conversaba con ellos acerca de los divinos misterios y de la inefable belleza del Hombre Dios. Puede decirse que en estos éxtasis de eminente oración, experimentaba lo que indica en su *Escala santa*, cuando dice : Que el último y más perfecto grado de oración consiste en un trasporte del alma, y un arrobamiento del espíritu en Dios, y que entre otras muchas especies de iluminaciones, hay una especialmente que, por medio de un éxtasis, pone al alma en presencia de Jesucristo de una manera secreta é inefable, y la llena de una luz espiritual y celeste.

De este don de oración tan perfecto procedía en él ese amor á la soledad y al silencio, que le hacía ocultarse todo cuanto le era posible á las miradas de los hombres, y guardar silencio ante estos, siendo así que tan maravillosamente hablaba de las cosas divinas. « No queriendo, decia, el verdadero solitario perder las dulzuras con que Dios le consuela, tanto más huye de los hombres, aunque no les tenga aversión, cuanto más estos le buscan.

Además de este hermoso dón de la oración, Dios le concedió otro no ménos estimable, que fué el de las lágrimas. ¿ Qué lugar, dice su historiador, dará en la corona de sus virtudes á este manantial perenne de lágrimas que habia en él, y que es una gracia que muy raramente se encuentra entre los solitarios ? Las derramaba en secreto, y como su celda se hallaba muy próxima á otras, desde las cuales se le podia oír llorar y gemir, se retiró á otra, que aún se vé al pié de la montaña, y separada de la suya lo suficiente para cerrar la puerta á la vana gloria, que, con las alabanzas, hubiera podido deslizarse en su corazón. Allí elevaba sus suspiros hasta el cielo con tanta amargura, cual si le hiriesen con el hierro, le quemasen con el fuego, ó le arrancasen los ojos. »

Estas lágrimas podían tener diferentes causas : unas ve-